

San Benito se mostró mucho mas apto para restituir á su antiguo esplendor el estado religioso. Con los demas abades mas experimentados de Francia y algunos de Italia, tales como Apolinario de Monte-Casino, y Josué de San Vicente de Vulturno, advirtió que la decadencia de la disciplina monástica nacia principalmente de la diversidad de observancias; porque aunque la mayor parte de los monasterios tenian la regla de San Benito, habia gran variedad en muchas prácticas que se habian introducido con la mudanza sucesiva de las costumbres, que aquel Padre de la vida cenobítica no habia podido prever. Por esto se hacian pasar las relajaciones por costumbres autorizadas por el tiempo, y los monges, aunque muy inmediatos sus conventos, no se parecian unos á otros. Determinaron, pues, se estableciese una disciplina uniforme por medio de constituciones que esplicasen la regla primitiva.

Esta parecia no prohibir mas que carnes fuertes, pero se mandó que los monges, á escepcion de los enfermos, no comiesen aves en el monasterio ni fuera de él, en ningun tiempo sino cuatro dias por Pascua, y otros tantos por Navidad; sin embargo, se les permite el uso ordinario de la manteca, de que los pobres se servian en los países que no tienen aceite; y solamente se escluyen de esta permision veinte dias antes de Navidad, y el viernes de cada semana, lo cual muestra que ya no se comia de vigilia los sábados. En caso de extraordinaria fatiga, conceden aun en Cuaresma un refrigerio religioso, despues de haber hecho la comida por la tarde; y este es el origen de la colacion en dia de ayuno. En cuanto al alimento se habla muy por menor, y asi se dice que la libra de pan señalada por la regla debe pesar, antes de cocerse, treinta sueldos, que quiere decir libra y media, pues veinte sueldos de doce dineros cada uno pesan una libra. La por-

cion de bebida será una hemina de vino, y en donde no hay vino se dará doble porcion de cerbeza. Los muchachos destinados á la vida monástica, y ofrecidos para ella por sus padres, ratificarán la promesa por sí mismos en llegando á la edad competente. Tambien se arregló lo que debian dar los monasterios al soberano, y vemos que habia en esto mucha diferencia, porque unos debian el servicio de guerra y varios presentes por el estilo de los donativos gratuitos que despues se usaron, y de esta primera clase se cuentan catorce, entre otros el de San Benito sobre el rio Loira, Ferrieres, Corbia, Estavelo, San Claudio, y nuestra Señora de Soissons. Todavia no se contaba en esta clase el monasterio de Fulda, que fué despues tan poderoso, sino entre los diez y seis que no debian mas que presentes. La tercera clase, mucho mas numerosa, se componia de los que solamente debian oraciones.

Con el tiempo tuvieron estos reglamentos casi tanta autoridad como la regla de San Benito; mas al principio costó mucho trabajo hacer que los recibiesen. La reforma de todo un reino habria parecido mas fácil que la de ciertos monges. Hubo grandes alborotos en muchas comunidades; una parte estaba por la reforma y otra por la relajacion. Muchos tomaron la regla de los canónigos, mudando de estado por una arbitrariedad que se tuvo por apostasia. No obstante, con la prudencia y suavidad de San Benito de Aniano, nombrado por el emperador para ejecutar la reforma con Arnau, abad de Noirmoutier, se fueron sometiendo los monges insensiblemente. Algunos, como los de Richenou, se apresuraron á admitir la nueva observancia, para que cuando llegasen á visitarlos los dos comisionados tuviesen el consuelo de ver que ya los habian prevenido. Desde esta época no se cuenta ya cosa particular de San Benito de Aniano,

el cual murió algunos años despues (821) en su casa de Aquisgran, de donde su cuerpo fué trasladado inmediatamente al monasterio de Indo con los honores debidos á su santidad. Tenemos de él muchas obras, y todas análogas á su profesion, asi sobre las antiguas reglas monásticas, de las cuales demuestra la conformidad con la de San Benito, como sobre los pasages de los Padres de Oriente y de Occidente mas instructivos para las personas religiosas de ambos sexos.

Los abades de Oriente estaban muy distantes de hacerse tan respetables. Aun aquellos que habian resistido con heróico valor á las persecuciones de Leon Armenio, no se mantuvieron firmes contra sus artificios. Viendo este emperador que el destierro los confirmaba mas en la fé, llamó á muchos de ellos á Constantinopla, pasados algunos dias de destierro, y les envió á decir que no se metia en su creencia, que era nada lo que se les pedia, que solo se trataba de que por el bien de la paz comunicasen una vez con el patriarca Teodoto y con esto se volverian á sus monasterios. Ellos acomodaron su conciencia á las circunstancias en que se hallaban, se figuraron que podian usar de alguna condescendencia para no perderlo todo, y fueron juntos á un oratorio en que se habian conservado las pinturas, y comulgaron de mano de Teodoto, y este por su parte dijo anatema á los que no adorasen la imágen de Jesucristo.

San Nicetas de Medicion, que era uno de estos abades, tuvo la flaqueza de ceder contra sus propias luces á los que por su edad miraba como sus guias (1); mas no bien volvió á entrar en su monasterio, cuando se sintió despedazada el alma por los mas agudos y punzantes remordimientos. Al principio pensó sepultarse en alguna so-

ledad distante para hacer alli penitencia por toda su vida; pero despues, juzgando que debia reparar su caída alli donde la habia dado, se presentó con valor, y dijo por todas partes en Constantinopla que él no habia mudado de creencia. Le llamó el emperador, y le preguntó por qué no se habia vuelto á su monasterio como los demas abades, y le respondió Nicetas: «sabad, Señor, que repruebo cuanto hice por una cobarde condescendencia y que nunca pensé menos en comunicar con vuestro partido; haced de mí cuanto quisieris, pero no me vereis mudar de sentir.» Le trasportaron á una isla en donde le tuvieron preso hasta la muerte de Leon. San Juan de los Cátaros, llamado á Constantinopla despues de los otros abades, se resistió á todas las seducciones, y tambien le desterraron y encerraron en un castillo hasta la muerte del emperador.

Los talentos de San Teodoro de Estudio y su constancia en emplearlos en la defensa de la fé eran tan conocidos, que no le volvieron á llamar á Constantinopla (1), y asi le trasladaron del castillo de Metopa á otro lugar mas distante en la Natolia, y no quisieron que ignorase que la causa de esto eran las instrucciones que continuamente daba de viva voz y por cartas. Respondió el Santo: «con gusto llevo que me trasporten donde quieran, porque toda la tierra es del Señor, y sola su voluntad me tiene en ella; pero no conseguirán cautivar mi lengua, pues al entregarme á Dios le he consagrado principalmente esta parte de mi cuerpo.» Sabiendo el emperador la fortaleza de este santo confesor, dió orden que le azotasen sin piedad. Se quitó Teodoro alegremente la túnica, diciendo: «mucho tiempo há que deseaba yo padecer ultrages por el nombre de Jesucristo.» Pero el ejecutor,

(1) Bolland. Tom. 9, Vit. S. Nicet. cap. 7, num. 40

(1) Vit. n. 82, etc.

viendo un cuerpo estenuado con las penitencias, temió hacerse culpable de sacrilegio si le azotaba, y con pretexto de la decencia hizo retirar á todos: poniendo después una piel de carnero sobre las espaldas del Santo, descargó sobre ella una cantidad de golpes que se oían fuera, y aun se hizo una cortadura en el brazo para ensangrentar el azote, y así se lo mostraba á todos cuando salió.

Continuó el santo abad hablando y escribiendo en favor de la verdadera fé, y para poder producir pruebas de la unanimidad de todas las iglesias, escribió entre otros á los patriarcas que vivían en los dominios de los infieles. En su carta al de Alejandria hace una larga descripción de la persecucion de los iconoclastas, por suponerle menos informado, á causa de la dificultad de comunicarse por mar que recorrian continuamente los musulmanes.

«En el centro del cristianismo, le dice, están arruinados los altares, y desfiguradas las iglesias hasta en los asilos más piadosos de la Religión, que son los monasterios. Los árabes que os oprimen se avergonzarían de no mostrar más respeto á Jesucristo. Maltratan aquí á las personas más especialmente consagradas á su servicio: no hacen estimación de los obispos, ni de los sacerdotes y monges, y lo más deplorable es que estos desmayan sin vigor y sin fuerzas. Unos han perdido enteramente la fé, otros se lisonjean de que la conservan, siendo cómplices de los herejes y comunicando con ellos. No obstante, todavía hay algunos que no han doblado la rodilla ante Baal, y nuestro glorioso patriarca es en esto la guía y el modelo; pero de estos unos han sido ultrajados y azotados cruelmente; otros están reducidos en las cárceles á alguna onza de pan enmohecido y algunos vasos de agua infestada, y otros han sido condenados á destierro. Los menos infelices son los que se han desterrado á sí mismos, y no tienen un más alojamiento que entre las malezas de los bosques, y otros las montañas por don-

de andan errantes. Algunos han consumado su martirio en los azotes, y algunos también han sido arrojados de noche al mar encerrados en sacos. Por último, se anatematiza á los doctores de la santa antigüedad, y se celebra la memoria de los impíos: hasta la niñez y la infancia se corrompe con los libros que se distribuyen á los maestros de las escuelas. Nadie se atreve á hablar de la sana doctrina: la muger no se fia de su marido: todo está lleno de espías para ir á contar al emperador cuanto se hace ó se dice contra el designio que ha formado de aniquilar el santo culto. A él delatan á cualquiera que no comunica con los profanadores, á cualquiera que tiene una imagen ó un libro que hable de imágenes, á cualquiera que ha recibido á un desterrado, ó favorecido á un encarcelado; y cuando se le descubre, prontamente es arrestado, rasgado á azotes, proscripto ó desterrado. Este miedo arruina la Religión y el orden de la sociedad, pues somete los señores á los esclavos: imploramos, pues, vuestra asistencia; y así dadnos por lo menos el auxilio de vuestras oraciones.»

El santo abad había escrito primeramente al Papa Pascual (1) para escitarle á que interpusiese su crédito y autoridad apostólica en favor de los confesores de la fé, y le dice:

«Oid, hombre revestido del divino poder, depositario de las llaves del cielo, Pastor establecido por Dios sobre todo el rebaño de Jesucristo, piedra sobre la cual está edificada la Iglesia católica; vos sois Pedro, pues ocupáis su Silla, venid á socorrer á vuestras ovejas, que jamás han estado más espuestas que hoy al furor de los lobos. Sepa toda la tierra que habeis anatematizado á los que persiguen á Jesucristo en sus adoradores. De este modo sostendréis á los flacos, aumentareis el valor de los fuertes, levantareis á los que están abatidos, y alegrareis toda la Iglesia. Dócil como vuestros antecesores á las mismas impresiones del Espíritu Santo en las mismas ocasiones ganareis gloria inmortal á la Iglesia romana, que es el re-

(1) Ep. 12.

fugio y puerto seguro de todas las demás. A vos dijo el Hijo de Dios, que confirmaseis á vuestros hermanos: este es el lugar y momento de hacerlo. Tendednos la mano; Dios os ha dado poder para ello, pues sois el primero de todos; sepa toda la tierra que anatematizais á los que han anatematizado nuestros padres. En ello hareis una obra grata á Dios; sostendréis á los débiles, confirmareis á los fuertes, levantaréis los caídos, llenareis de regocijo á toda la Iglesia, adquirireis una gloria inmortal como vuestros predecesores que por impulso del Espíritu hicieron en ocasiones parecidas lo que ahora os pedimos.»

Estas cartas del abad Teodoro, firmadas por los abades de la mayor parte de los monasterios de Constantinopla y sus cercanías, fueron bien recibidas del Sumo Pontífice, les dió una respuesta llena de ternura, les prometió su paternal auxilio, los exhortó á la perseverancia, y no tardó en enviar unos legados á Constantinopla; mas estando entonces el emperador más preocupado que nunca, no produjo otro efecto la embajada del Papa que el de alentar á los católicos al ver estos que la Cátedra de San Pedro se había declarado altamente en su favor. El Papa, para dar asilo á los que se veían más perseguidos, fundó un monasterio de monges griegos en Roma, cerca de la iglesia de Santa Práxedes, que acababa de reedificar de nuevo. Pronto se llenó este Hospicio, porque el valor inespugnable de muchos santos abades, y sobre todo el de San Teodoro, encendieron el furor de Leon, y éste dispersó todos los monges de Estudio, y los que aun había de Saccudion con infinitos otros. Mandó conducir al abad Teodoro de prision en prision, y de provincia en provincia; pero por todas partes el respeto de sus virtudes y las liberalidades de los fieles para con sus guardias le proporcionaron la libertad suficiente para la defensa de la fé. No por eso descuidó el Santo la disciplina; antes bien, á pesar de lo grande

del peligro, del escándalo y de la confusión, prescribió algunas reglas severas de penitencia para aquellos súbditos suyos que se doblegasen á la tiranía. Privaba á estos de la comunión de las cosas santas hasta el fin de la persecucion; esto es, hasta que se pudiesen celebrar Concilios para juzgar según los cánones la gravedad de las culpas y los remedios convenientes. «Si antes, dice, se hallaren en peligro de muerte, reciban la Comunión, con tal que tengan verdadero arrepentimiento de su culpa, y juzgo que les será perdonada. En cuanto á los que no son de nuestra comunidad, añade, ¿quién soy yo para darles leyes?». A consecuencia de este principio enviaba á los obispos todos los estraños que recurrían á él por su opinión de santidad y sabiduría.

Vino á manos del emperador una carta de San Teodoro, y al punto la envió á Oriente al gobernador de la provincia con orden de castigar al autor, de modo que no volviese á escribir otra. Presentó este oficial aquel escrito al Santo, y él no dudó en reconocerle por suyo. Le dieron cien azotes con tal crueldad, que cayó en tierra sin respiración ni movimiento; y fué una especie de prodigio, que un discípulo suyo, que se hallaba en la misma cárcel, lograrse hacerle volver en sí, mas necesitó curar por largo tiempo sus llagas y cortar mucha carne muerta. Con la misma barbarie azotaron al santo abad en otras dos ocasiones: le atormentaron mucho arrastrándole de un lugar á otro en aquel estado de debilidad, obligándole á caminar de día con los más ardientes calores, y por la noche el descanso que le concedían era ponerle grillos. Tuviéronle infinito tiempo en los calabozos: por diez y ocho meses en una parte, y por tres años en otra, transido de frío en el invierno, ahogado de calor en el verano, sofocado por la infeccion y el mal olor, devorado de los más asquerosos insectos, espuesto

á morir de hambre y de sed, por lo menos hasta que algunos intrépidos católicos tuvieron medio de acercarse á él; pues los tiranos no le suministraban más que un pedazo de pan que le echaban por un agujero de dos en dos dias. Por último, viendo el arzobispo de Esmirna, uno de los gefes del partido, que nada reprimía la santa elocuencia del confesor, que entonces estaba preso en aquella ciudad, le dijo al partir para Constantinopla, que él rogaria al emperador mandase cortarle la cabeza, ó por lo menos arrancarle la lengua; mas la revolución que acaeció en el año siguiente (820) impidió el cumplimiento de esta amenaza.

Miguel, gefe de un cuerpo de tropas llamado los confederados, ufano con alguna reputación que gozaba de valor, no perdía ocasión de censurar la conducta del emperador, y por último llegó á formar una conspiración contra él (1); descubriéronle y fué arrestado vispera de Navidad, y condenado al punto á ser quemado en el fuego de los baños del palacio. Fué la emperatriz Teodosia á reconvenir á su esposo sobre el poco respeto que profesaba á una fiesta tan grande, en la que pensaba recibir el Cuerpo de nuestro Señor. Consintió Leon, aunque á pesar suyo, en dilatar la ejecución, y la dijo: «tú opinas hacer una buena obra, mas ya verás lo que acontece.» Colocaron á Miguel en la prisión de palacio con grillos, y en la noche siguiente fingiendo que se queria confesar, dió parte á los conjurados del extremo apuro en que estaba, amenazándolos con que todo lo descubriría si no daban un golpe vigoroso para libertarle. Entraba á cantar maitines antes de amanecer el clero del palacio, que tenía su alojamiento fuera, y los conjurados á favor de las tinieblas se vistieron de clérigos

(1) Script. post. Theoph. 2.

y entraron con ellos en la capilla cuando el emperador, que se gloriaba de cantar mejor que ningun hombre de su tiempo, entonaba en alabanza de los tres hebreos de Babilonia el himno que todavía cantan los griegos en el oficio de Navidad. Al observar lo tumultuaria y precipitadamente que entraban, fué á esconderse en el santuario; pero al punto lo atacaron allí, y aunque se defendió largo tiempo con una cruz, no le bastaba esta para parar los golpes que le tiraban. Derribóle el brazo y el hombro uno de los conjurados de fuerzas extraordinarias, y otro le cortó la cabeza. Arrastraron su cuerpo por la ciudad, y le abandonaron con ignominia en el hipódromo. Trasládaron sus cuatro hijos á la isla Protea, y allí los hicieron eunucos. Tal fué después de siete años de reinado el desastrado fin de Leon Armenio, que con tantas impiedades y crueldades habia contaminado sus manos, creyendo reinar treinta y dos años, y pasar á sus hijos y á sus nietos el imperio hasta la cuarta generación, como se lo habian afirmado sus adivinos y sus fanáticos aduladores. Miguel, llamado el Tartamudo, porque realmente lo era, fué colocado en el trono, aun antes de haberle quitado los grillos. Apenas rotas sus cadenas, y sucio y desaliñado como habia salido de la prisión, fué al medio dia á que le coronase el patriarca en la catedral, y fué reconocido por todo el pueblo.

Viéronse por el mismo tiempo en el imperio francés facciones y maniobras no menos sorprendentes. Solo el respeto del nombre y sangre de Carlo-Magno estorbó que llegasen las cosas á un extremo tan trágico. No se puede disimular que en aquella revolución tuvieron mucha parte algunos obispos atrevidos, bien que no como tales, sino como miembros del primer orden del Estado. Debemos representarnos los obispos franceses de aquel tiempo, como se habian

conservado hasta nuestros dias los de Alemania, en donde la mayor parte tenían el rango de principes y el poder efectivo de soberanos. La piedad, ó mas bien la política de Carlo-Margo, que era el segundo rey de su familia y conocia el crédito que gozaban en la nación, quiso atraerlos á fuerza de beneficios y privilegios. La piedad mucho menos reflexiva de Luis el Piadoso, y lo limitado de su entendimiento, incapaz de combinar el régimen de la gerarquía con el gobierno general del Estado, le hicieron aumentar mas la autoridad temporal de la prelatura. Este poder tenia por otra parte un fundamento imponente y casi tan antiguo como la monarquía. El clero era quien, habiendo caido los galos en una especie de anarquía, fué el que los indujo á que diesen la preferencia á Clodoveo sobre los otros conquistadores bárbaros, contaminados con el arrianismo, y este nuevo monarca habia conservado á los obispos sobre el espíritu de los pueblos un imperio que le era tan ventajoso: de aquí su preeminencia en las juntas de la nación, y su influencia en todos los asuntos graves. Si estas prerogativas habian recibido algunos golpes de los reyes de la primera raza, como la posesion era antigua, eran tenidas por injusticias estas mudanzas, y la religion mal entendida les daba generalmente el nombre de usurpaciones sacrilegas, por no distinguir la diferencia de circunstancias y necesidades en que el Estado podia encontrarse.

Este parece haber sido particularmente el modo de pensar del débil heredero de Carlo-Magno, y esto con las maniobras y la ambición desnaturalizada de sus hijos, fué el manantial de las desgracias y pesadumbres que envenenaron el resto de sus dias. Mostróse al principio celoso de su autoridad para con sus propios hijos, y los envió á mandar en las provincias sin conce-

derles título alguno; mas no observó por mucho tiempo este excelente método. Su gusto por las reformas y otros negocios eclesiásticos, en que se empleaba de mejor gana que en el cuidado del Estado, le suscitó la idea de asociarse al imperio uno de sus hijos (817). Reunió muchos obispos y algunos señores, y les propuso esta cuestión bien singular: «¿no se deberá abreviar lo que afirmará el bien del reino y dará al gobierno mas energía?» (1). A esta pregunta no habia mas que una respuesta, y así exclamaron todos á una voz, que esto debia efectuarse y ponerse en obra cuanto antes. «Supuesto que así lo opinais, prosiguió, sabed que he resuelto dar el nombre de emperador á uno de mis hijos;» y juzgando que con simples actos de piedad se podia suplir á la prudencia, sin advertir que la razón y por consiguiente la religion exigen que en todo se pongan aquellos medios que son análogos á la naturaleza de las cosas, se contentó con prescribir tres dias de ayuno y oración, para que Dios le inspirase la elección de aquel hijo que fuese mas propio para el imperio. Eligió el mayor, llamado Lotario; después nombró rey de Aquitania á Pipino; y á Luis, que era el mas jóven de los tres, le hizo rey de Baviera. Juraron con el emperador los obispos y los grandes sobre el libro de los Evangelios observar esta distribución sin mudar cosa alguna, como no fuese con el consentimiento de todos. Los dos reyes jóvenes, que no hubieran pensado en quejarse si se hubiera seguido el orden del nacimiento, principiaron á murmurar cuando vieron frustrada la esperanza que se les habia dado al poner el imperio, por decirlo así, al azar de una elección indiscreta y arbitraria. Bernardo, rey de Italia, se acordó de que él era hijo del hermano mayor del mismo em-

(1) Eginard, ann. 817.